

EL ASALTO Y TOMA DEL MORRO DE ARICA: GLORIA DE LA INFANTERÍA CHILENA

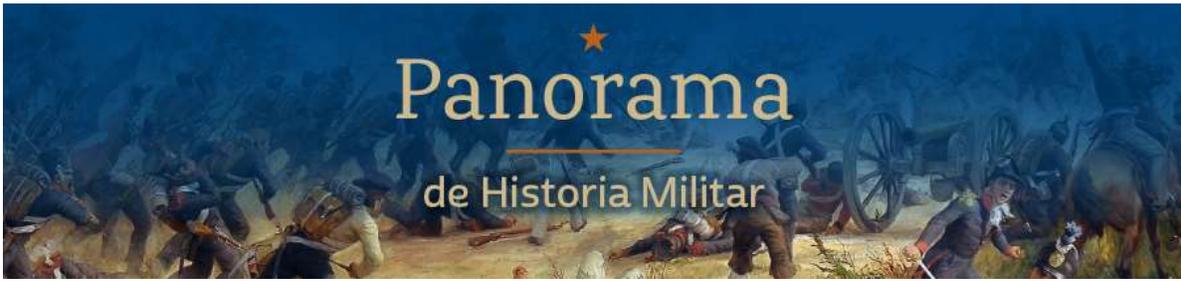
POR
EDUARDO ARRIAGADA ALJARO
EDITOR PANORAMAS AHM.

Una vez ganada la batalla de Tacna por el Ejército de Operaciones chileno, terminaba la participación militar de Bolivia en la Guerra del Pacífico, pero aún continuaba la alianza política entre los Estados peruano y boliviano. Con esa victoria, los departamentos del extremo sur del Perú quedaban en manos chilenas. Sin embargo, había una plaza fuerte que todavía resistía y que era necesario tomar: Arica.

Esta empresa no era para nada fácil, ya que la ciudad se hallaba fuertemente fortificada y además estaba plagada de minas que explotaban al momento de pisarlas. Los fuertes defensivos se ubicaban tanto en las alturas del morro que domina esa población, pero también había fuertes en las zonas bajas. Gonzalo Bulnes resume esta situación de la siguiente manera:

“Red poderosa de cañones y de dinamita; fuertes unidos entre sí por líneas de explosivos; reductos escalonados en un pasaje estrecho; cañones que defendían la entrada del único desfiladero que conducía al Morro; tal era Arica, en el momento que llegaban a golpear sus puertas los vencedores de Tacna.”

El general Manuel Baquedano y sus comandantes de unidades acudieron a reconocer esta plaza, la cual comenzó a ser amagada tanto por tierra, como por mar; sin embargo, el morro permanecía inexpugnable. Fue en esas circunstancias que el general



Baquedano dio una misión a uno de sus jefes más experimentados, el coronel Pedro Lagos Marchant, para que elaborara un plan para asaltar y tomar el morro, punto central de la defensa peruana

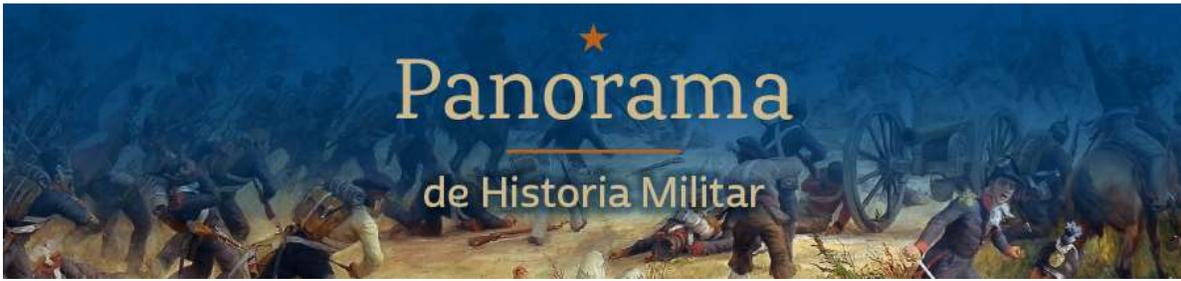
Lagos había demostrado ser un comandante muy minucioso a la hora de reconocer los teatros de operaciones y nunca cesaba de revisar que todo anduviera en orden. Se había formado en las campañas de la Incorporación de la Araucanía, en las cuales adquirió capacidades de astucia y sorpresa, que ahora tendrían la oportunidad de verse claramente manifestadas.

Contaba con una cantidad limitada de municiones por hombre, por lo cual era evidente que la toma del morro debía ejecutarse en forma rápida y sorpresiva. Se trataría en una acción en la cual dominarían las fuerzas chilenas de infantería.

El plan de operaciones de Lagos los resume Gonzalo Bulnes de la siguiente forma:

“Un regimiento, sin nombrar cual, caería de sorpresa sobre el fuerte Este colocado a la izquierda del sitio en que estaba el campamento chileno; y otro sobre el fuerte Ciudadela, situado a la derecha en la cuchilla que conducía al Morro. Este cuerpo debía fraccionar su tropa dedicando uno de los batallones a apoderarse del fuerte mismo; el segundo a tomarse las zanjas y reductos sucesivos que cubrían el sendero que conducía al Morro. El tercer regimiento serviría de reserva, manteniéndose equidistante de los que marchaban al ataque. La caballería, que no tenía papel en un asalto de fortificaciones, quedaría a retaguardia cuidando los pasos por donde los peruanos podían retirarse o fugar.”

Esta operación se vio facilitada por la captura del ingeniero peruano Teodoro Elmore, quien había diseñado todo el sistema de minas, el cual era manejado en forma centralizada desde un hospital ubicado al norte de la ciudad. Al ser interrogado, los jefes



militares chilenos pudieron apreciar con mayor exactitud cómo estaban dispuestas las posiciones peruanas.

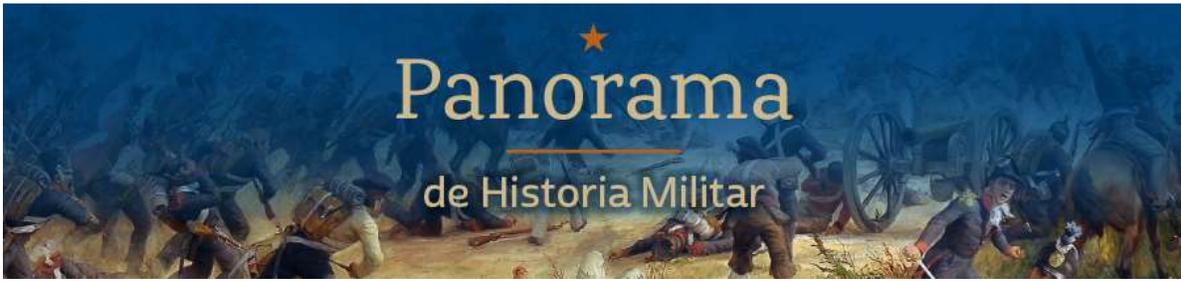
También se envió un parlamentario para proponer la rendición de las fuerzas peruanas: el mayor José de la Cruz Salvo, quien fue conducido a la presencia del coronel Francisco Bolognesi. Este último, aun sabiendo que estaba en una situación de clara desventaja, optó por continuar resistiendo “hasta quemar el último cartucho”.

Todos los comandantes chilenos querían que su unidad tuviera el papel protagónico en el ataque, por lo que el coronel Lagos dispuso se efectuara un sorteo, el que determinó que el asalto debía ser comenzado por los regimientos 3° y 4° de Línea, mientras que el Regimiento Buin 1° de Línea quedaría como reserva en caso de que hubiera que apoyar la acción de las dos primeras unidades.

Durante la noche y en la madrugada del día 7 de junio de 1880, las tropas chilenas fueron acercándose a las posiciones peruanas en forma muy sigilosa. Se habían tomado medidas de distracción que ayudaron a que los jefes peruanos se formaran ideas equivocadas acerca de cómo sería el ataque chileno. En este tipo de maniobras, Pedro Lagos era muy experto.

En la madrugada del 7 de junio el Regimiento 3° de Línea inició el ataque al fuerte Ciudadela, mientras que el 4° de Línea atacaba el fuerte Este. Durante el ascenso de este peñón, las guarniciones peruanas no tardaron en advertir la presencia de los efectivos chilenos, con lo cual comenzó la batalla misma.

Durante la aproximación a las posiciones peruanas fue inevitable que estallaran minas que dejaron a muchos soldados chilenos tanto muertos como heridos; esto enardeció aún más a sus compañeros, los cuales asaltaron y tomaron las posiciones enemigas sin dar cuartel.



Finalmente, era necesario tomar el último fuerte, el del Morro, donde se hallaba el cuartel general peruano. La tropa chilena penetró en este último recinto, provocando numerosas bajas entre sus defensores, incluido Bolognesi.

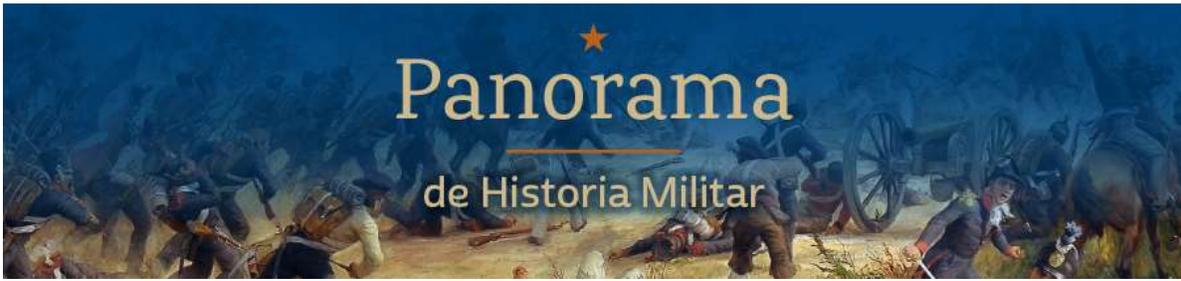
Bolognesi y sus hombres se comportaron con un valor y una dignidad inestimables, y fueron los grandes mártires de esta jornada. Pero también fallecieron insignes militares chilenos, como el teniente coronel Juan José San Martín, comandante del Regimiento 4° de Línea. Bulnes lo destaca en su relato de esta manera:

“En el espacio llano que coronaba el cerro estaban los sobrevivientes de las trincheras y castillos, la guarnición del Morro, y todas las grandes reputaciones de Arica: Bolognesi, Moore, Ugarte, Sáenz, Peña, Blondel. Los asaltantes invadieron el recinto en una carrera agitada y vertiginosa revueltos los oficiales con los soldados. El comandante San Martín había sido herido de muerte en el trayecto de Cerro Gordo al Morro. El glorioso regimiento iba mandado ahora por Solo Zaldívar.”

Pese a la limitación de municiones, el plan de operaciones de Pedro Lagos se cumplió en forma óptima, pues la operación se concretó en solo 55 minutos, lo cual sorprendió notablemente a los militares y marinos extranjeros que estuvieron observando este hecho de armas desde los buques surtos en la bahía.

Aún hoy en día, cuando una persona sube a este peñón rocoso y mide cuanto tiempo demora en llegar a su cima, causa sorpresa cómo en tan poco tiempo y bajo el fuego enemigo lo pudieron hacer esos soldados chilenos en 1880.

El asalto y toma del Morro de Arica constituyó la última etapa de una acción de guerra más amplia, que fue la toma de la plaza misma de Arica. Esta acción fue el corolario inevitable de la batalla de Tacna y, al igual que esta última, terminó con la victoria chilena.



Aquél día, nuestra infantería tuvo una de sus grandes glorias en el marco de la historia militar chilena, pero también el Ejército peruano adquirió sus propias glorias, cimentadas en el sacrificio de Francisco Bolognesi y de sus hombres. Así como el heroísmo chileno tuvo sus grandes hitos en el combate naval de Iquique y en el combate de La Concepción, el heroísmo peruano tuvo su gran jornada en el morro de Arica.

En 1951, la figura de Francisco Bolognesi fue investida como Patrono del Ejército del Perú, mientras que en 1989 fue elevado al grado de Gran Mariscal del Perú, y ha constituido hasta el día de hoy un ejemplo supremo de valor y sacrificio para los integrantes del Ejército peruano.

Por su parte, Juan José San Martín fue el héroe chileno de la jornada. Este militar de origen humilde—que comenzó su carrera como cabo y que posteriormente pasó al escalafón de oficiales— también ha constituido un ejemplo de entrega hasta la muerte para los miembros del Ejército de Chile.

Hoy, los herederos del 4° de Línea, los integrantes de la Brigada Motorizada N°4 “Rancagua”, observan orgullosos desde su cuartel el escenario de la gloria de sus antecesores.